

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA LITERARIA, MORAL Y RECREATIVA.

CON LA APROBACION ECLESIASTICA,

Y BAJO LA DIRECCION

DE ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

JULIO—NÚM. 22 REDACCION Y ADMINISTRACION DARRO DEL CAMPILLO 15. AÑO V—1879.

Se publicarán ocho números mensuales, conteniendo artículos de costumbres, novelas, poesías, y cuanto juzguemos apropiado para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.—Los pagos podrán hacerse directamente á esta administración, en letras del giro mutuo, y en los puntos donde no las haya en sellos de comunicaciones, pero solamente de velete y cinco céntimos de peseta.—Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso, marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.—El precio de suscripción es el de dos reales mensuales en toda España, Ultramar y extranjero cuatro, franco de porte.

SUMARIO.

Aldovrandus Magnus, por E. B.—Calvario y redención, por Enriqueta Lozano de Vilchez.—El buen párroco, por J. Lamarque de Novoa.

ALDOVRANDUS MAGNUS.

(Continuacion.)

Dios no quiso limitar á esto el castigo del culpable jóven. Su madre acudió á los gritos que éste daba. Á la vista del cadáver de su marido, pierde la razon, y no tardó en sucumbir, muriendo pocas semanas despues de la catástrofe... ¿Qué mas os he de decir? Habiéndose quedado huérfano, perseguido por el horrible pensamiento de haber sido la causa de la muerte de su padre y de la que le habia dado el ser, Juan se entregó mas desafortadamente que nunca á su vida licenciosa y buscó el embrutecimiento y el olvido en la embriaguez. Un año despues ya no le quedaba una sola blanca de su patrimonio, di-

sipado en locuras, y le fué preciso dejar por orden de las autoridades una ciudad que habia deshonrado con el escándalo y con el ruido de sus desórdenes.

Qué hacer? que partido tomar? Al salir de la ciudad, pasaba casualmente una compañía de soldados; tomó plaza en sus filas y se alistó bajo su bandera... Soldado! Que existencia, Dios mio, sobre todo, en aquellos tiempos de desórdenes y de guerra! Pillar, robar, incendiar, asesinar, ser testigo, ya que no cómplice, de toda clase de crímenes; esponer su vida bajo la orden de un capitán brutal que no conoce otro medio de hacerse obedecer que el baston y el insulto; he aquí cual fué por espacio de tres años la suerte de Juan. Ya sabeis lo demás, el pobre soldado fué herido, abandonado por sus camaradas que le despojaron antes de cuanto tenia, una anciana lo recogió en su cabaña de donde fué trasladado al hospital de S. Juan.

Larga fué la convalecencia y Dios se dignó, durante las largas y penosas horas que retenia á Juan en su cama, hacer germinar en su alma las semillas del arrepentimiento y de la virtud que echaban en ella las exhortaciones y los ejemplos de las caritativas hermanas que servian en el hospital. Habia visto tan cerca la muerte, que parecia resucitar á otra vida y juró á Dios y á nuestra Señora ser en lo sucesivo tan

buen cristiano y tan honrado ciudadano como separado había estado hasta entonces de la verdadera senda.

Encantadas con su conversión las hermanas, redoblaron desde entonces su tierna solicitud y sus cuidados para con el pobre convaleciente, y éste para asegurarles su reconocimiento, resolvió pintar para la capilla de las piadosas mujeres un cuadro, que ellas por su demasiada pobreza no podían encargar á un pintor de nombradía. Les comunicó, pues, su proyecto, y aun cuando ellas no contaban demasiado con el cuadro del soldado, no por eso dejaron de proporcionarle todo cuanto necesitaba: colores, pinceles y una tabla. Juan se refugió en un rincón abandonado del hospital y puso mano á la obra, procurando recordar lo mejor que podía las lecciones del maestro Rogers. Algunos meses pasaron, al cabo de los cuales llegó la solemnidad de las Pascuas. Juan acababa de dar la última mano á su cuadro; pero cansado, desanimado, hubiera de buena gana echado al fuego su obra, sino le hubiese asaltado el temor de ser reprendido por haber gastado dos hermosas tablas de madera fina que hubieran podido servir para cualquier otro objeto. Salió, pues, enfermo del sitio que había elegido para su obrador y se metió en la cama calenturiento, desesperado, por que el convencimiento de su falta de talento y de su incapacidad en un trabajo que había emprendido tan locamente, le abrumaban con el peso de la humillación y del pesar.

Hallándose á la sazón en Brujas, á donde había ido á llevar un cuadro que le había encargado el conde de Flandes, el célebre Juan Van Dyk, inventor de la pintura al óleo, pasó el Jueves santo según la usanza de las personas de alto rango, al hospital para hacer obras de caridad, servir á los enfermos en el refectorio y lavarles los pies. Casualmente pasó cerca del cuarto que Juan había elegido para su obrador, y viendo en el suelo pinceles y colores, por un instinto de pintor, empujó la puerta y vió el cuadro.

Este representaba la adoración de los reyes, á uno de sus lados se veía la presentación de Jesús en el templo, y en el otro, al niño Dios acostado en el establo, sobre una punta del manto de la Virgen. Juan había pintado su propio retrato en aquel cuadro, representándose con el traje que usaba en el hospital y la cabeza cubierta con un gorro y asomado á una ventana.

Juan Van-Dyk quedó sorprendido delante del cuadro.

—Quién ha pintado esto? preguntó.

—¡Ah! replicó una hermana encogiéndose de hombros, es un pobre enfermo que tememos no

pueda curar, y que pasa su tiempo pintando esas cosas. Por lo demás, él lo hace por un buen motivo, porque sabe que somos demasiado pobres para comprar un cuadro para nuestro altar mayor, y ha querido pintarnos uno, pero parece que no está contento con su obra.

—¿Dónde está ese hombre? interrumpió VanDyk.

—Allá abajo, á lo último de la sala; allí lo veréis acostado con calentura; tanto ha sentido, según parece, no haber pintado mejor su cuadro! Van-Dyk se llegó á ver á Juan y se descubrió delante de él.

—«Hermano, le dijo, benditos sean la santa Virgen y San Lucas, nuestro divino patron, por que sois un gran pintor.»

Juan le miró lleno de estupor, como atontado y temiendo estar delirando.

—Si, replicó el generoso Van-Dyk, sí, la fortuna y la gloria os esperan. Levantaos, pues, Salid como Lázaro del sepulcro de la pobreza para resucitar á la fortuna y á la felicidad. Si necesitáis dinero, tomadlo; me lo pagareis con el primer cuadro que hagáis, una vez que la adoración de los magos pertenece al hospital de San Juan pues parece que se lo habeis regalado.

Que mas puedo deciros? Juan se levantó, Juan siguió á Van-Dyk, Juan fué presentado al conde de Flandes, Felipe el Bueno, se vió alojado en Gante en el palacio del príncipe, ganó sumas considerables, viajó, fué recibido en todas partes como si hubiera sido un alto y poderoso señor, y concluyó por amontonar los florines que habeis hecho valer en vuestro comercio. maese Aldovrando; por que Juan, el pobre soldado y el pintor de fama soy yo. ¿Quereis ahora, decid, quereis que vuestro hijo, mi ahijado, llegue á ser mi discípulo, viva en Gante conmigo y herede un dia mi fortuna, y según espero tambien mi gloria? Sí, porque los bocetos que he visto suyos anuncian una verdadera vocación de pintor; fácil es conocer que San Lucas ha puesto el fuego divino de su arte en el corazón de ese niño. Sí, yo lo espero, toda la cristiandad sabrá un dia el nombre del pintor Aldovrando, como sabe mi nombre, el nombre de Memlink.»

Margarita alargó su mano blanca y delicada á Memlink, quien la llevó á sus labios. El viejo mercader permaneció pensativo largo rato, después del cual dijo con tono brusco.

—Teneis mi palabra; que parta con vos.

Una lágrima corrió por las pálidas mejillas de la pobre madre, é hizo un movimiento como para correr hacia su hijo, Memlink conoció lo que pasaba en el corazón de Margarita.

—Gracias, mañana nos pondremos los tres en camino.

—Los tres? replicó el mercader.

—Los tres, sí; necesito á vuestra esposa para instalar á vuestro hijo en mi casa. Y además, es necesario que el niño no se separe tan bruscamente, y á un mismo tiempo de su país natal y de su madre.

Y como Aldovrando vacilase, añadió Memlink.

—Y sobre todo: ¿no es necesario que dé á alguna persona de confianza, para que os entregue despues los pergaminos que deben establecer nuestro proyecto de asociacion para el lucrativo negocio de Levante de que me habeis hablado esta mañana.

Haciendosonar de este modo el oren en los oidos del viejo, el pintor concilió todas las dificultades, y la madre y el hijo partieron con él para Gante al amanecer del siguiente día.

CAPÍTULO IV.

UN ENCUENTRO PROVIDENCIAL.

A medida que las mulas, sobre las cuales cabalgaban se alejaban de Brujas, Antonio y su madre sentían aliviarse el peso que oprimía su pecho. Su imaginacion como un pájaro escapado de la jaula que lo tenía cautivo, se entregaba á mil alegres retozos, iba de la tierra al cielo, y del cielo á la tierra, giraba de una parte á otra, brincaba por el espacio, cantaba y calentaba sus alas á la llama vivificante de la libertad. Jamás Margarita, desde el día de su casamiento, se había separado del viejo Aldovrando; jamás desde el día de su nacimiento, se había alejado Antonio de la casa paterna. ¡Y sin embargo, hélos ahí á los dos libres de un yugo severo y triste: Hélos al lado de un indulgente y tierno amigo, recorriendo la campiña, con el corazón inundado de alegría, y el cuerpo bañado del aire puro y del sol. De este modo anduvieron tres ó cuatro leguas; al ver la loca alegría de Antonio, nadie hubiera reconocido en él al niño enfermizo, y por cuya salud se hallaba siempre su madre acometida de mil zozobras desgraciadamente fundadas. Pero quien principalmente estaba loca de contento era Margarita, á quien su brillante serenidad parecía haber vuelto la frescura y belleza de la juventud. Una ligera animación coloreaba sus mejillas habitualmente pálidas: guiaba á su mula con desembarazo y se complacía en hacerla dar botes bajo el látigo, u obligándola á morder impacientemente el freno. Con los cabellos en des-

orden, veíase galopar con la rapidez del rayo: tan pronto detenerse y esperar riéndose al viejo pintor y Antonio, que hubiera querido imitar los juegos de su madre, pero á quien detenía una desconfianza tímida de su talento en equitación; enseguida cuando aquellos la alcanzaban, volvía á sus locas carreras, desaparecía frecuentemente á sus miradas y volvía con su cabalgadura bañada de sudor y el bocado cubierto de espuma.

Una vez los dejó completamente, descendió la larga pendiente de una colina, y desapareció á la vista de sus compañeros. Estos esperaban sin embargo que pronto llegarían á reunirse con ella: pero con gran sorpresa suya, Margarita no volvió y llenos de inquietud, apretaron el paso temerosos de que la hubiese ocurrido alguna desgracia. Antonio sentía deslizarse las lágrimas por sus mejillas, y maese Memlink, sin participar á Antonio lo que experimentaba, no dejaba de alarmarse. Despues de media hora de marcha precipitada descubrieron al fin al pie de un árbol á Margarita, apeada de la mula y que desde lejos parecía sentada descansando; pero á medida que avanzaban distinguieron poco á poco que no estaba sola, sino al lado de un hombre tendido á sus piés y á quien prestaba socorros. Cuando llegaron á donde estaba, la encontraron en efecto ocupada en hacer volver en sí á un joven desmayado, vestido con una mala sotana toda desgarrada, y que abriendo en fin los ojos los dirigió en torno suyo con una especie de enagenación: incorporose en seguida y rechazó dulcemente á las personas que habían acudido en su auxilio.

—Gracias por vuestros cuidados, dijo, gracias por vuestros cuidados, mas funestos que útiles! por que tal es mi miseria, que prefiero cien veces morir á vivir de este modo.

—Tan joven y tener semejantes pensamientos! dudar de la Providencia! exclamó Memlink: Ea, joven, esos discursos no son dignos del vestido que llevais.

—Los vapores del hambre, turban el espíritu, replicó el clérigo: hace tres días que no como.

(Continuará)

E. B.

CALVARIO Y REDENCION.

CARTAS DE TRES HERMANOS.

Maria de Ossorio á su hermano Fabian.

Te escribo, Fabian mio, sin esperar respuesta tuya, é ignorando cuando tornarás á mi lado,

Mas, como has sido el depositario de todas mis penas y de todas mis alegrías, hoy que mil impresiones diversas agitan mi corazon, busco instintivamente el tuyo para hacerle partícipe de ellas.

Ya te dije en mi anterior, y ya verias por la carta de Amelia, que debia esperarla... que debia esperarlos á todos!

Despues de los últimos sucesos ocurridos en la quinta: despues de estar cierta que Horacio poseia el secreto de mi corazon, su presencia debia ser para mí terrible y violenta; y al pensar que íbamos á encontrarnos de nuevo en el camino de la existencia, mi espíritu se sentía turbado, y mi pecho intranquilo.

Cuando leí á Doña Juana los párrafos de la carta en que su hija me participaba esta noticia, el color de la vergüenza tiñó sin duda de carmin mi rostro, y temblé confusa y aterrada, como el reo á quien anuncian, la presencia de su juez.

A serme posible hubiera huido, me hubiera ocultado á donde nadie, y sobre todo él, hubiesen podido fijar una mirada sobre mi frente.

Entonces y para tranquilizar mi alma, hice mil reflexiones sobre mi conducta, en la cual nada hallaba de culpable; me dije á mí misma, que solo los criminales tiemblan y huyen y se ocultan, y por primera vez, hermano mio, pensé con espanto si tendria algo de que acusarme; si apesar de la rectitud de mis ideas, y de la severidad de mis acciones, habria algo en mí de reprochable, algo de que Dios ó el mundo pudieran pedirme cuenta.

Y por primera vez, Fabian, pensé que debí haber huido al presentir la tempestad, como huyen las tímidas aves á ocultarse en sus nidos al presentir la tormenta, sin fiarse de la lijereza de

sus alas, ni tener confianza en las propias fuerzas!

¡Oh! si supieras, hermano mio, de que torturas, de que pesar tan profundo y amargo se sintió oprimida mi alma!

Es verdad que en aquellas pasadas horas de prueba yo habia sabido luchar, yo habia sabido vencer, y que el sentimiento que me habia detenido en un principio junto á Horacio era el de la compasion, ¡el de la compasion tan solo! entrando despues, á su sombra, y traidoramente en mi corazon el amor, tan lento, tan cauteloso y tan imperceptible, que ni me sabia dar cuenta de él, ni yo, pobre niña sola y sin experiencia, podia analizarle ni comprenderle siquiera!

Es verdad que mi deseo, que mi anhelo solo habia sido siempre el de la felicidad de Horacio, el de su felicidad ofrecida por mano de Amelia, y que jamas, ni por un instante podia presumir que el fijase sus ojos en mí, ni que el latido de mi corazon, ó el oculto y encubierto y misterioso sentimiento de mi alma llegara jamás á combatir la suya.

Pero ¡ay de mí! ¿puede la frágil hoja que arrebatada el viento asegurar á donde la llevará su empuje? ¿puede la frágil nave que abandona el puerto designar el punto donde la arrastran las olas? no, Fabian mio, nó, ¡y esa ha sido mi culpa, esa la falta de que me acuso! Además, si yo estaba segura de mí misma, ¿podia estarlo igualmente de Horacio? ¿podia responder de evitar por mí sola todo lo que ha pasado? El mal, la culpa inmensa estaba en poner en contacto dos almas hermanas, dos almas templadas al mismo calor, y yo ¡ay! yo con ciego arrojo, con loca confianza he querido afrontar el peligro!

Combatida por estas ideas, aterrada por estas reflexiones, sentí que la duda y el arrepentimiento combatian mi espíritu: y yo que tengo energía para sufrir el dolor, me sentí, Fabian mio, débil y sin fuerzas para soportar el remordimiento.

¡Oh! entonces, como la frágil y vacilante yedra que caería al suelo sin tener apoyo, busqué el arrimo, busqué el fuerte tronco que me ampara-se, busqué á Dios!

Corrí, hermano mio, corrí al tribunal que juzga las conciencias y que regula y mide los actos mas recónditos de la vida, los pliegues mas ocultos del corazon, y allí pregunté, allí fui á buscar la esplicacion de mis propios sentimientos; allí quise saber el incomprendible, *por que*, me causaba miedo y vergüenza la idea de presentarme ante Horacio, la idea de verme al lado de Amelia.

Y ¡con cuanto asombro, con cuanto dolor que-

dó todo explicado á mis ojos, y qué cierta, infatigable y misericordiosa al par, es la voz con que Dios nos habla por medio de sus ministros!

El cristal de nuestra conciencia, Fabian, es tan transparente, y tan claro y tan diáfano, que no admite una sombra; un ligero vapor si ha de presentarse limpio ante la mirada de Dios.

Verdad que para labar todas sus manchas y devolverle su pureza, hay en nosotros un manantial eterno é inacabable; ¡el manantial de nuestras lágrimas!

Las mias han corrido ardientes y amargas en un principio, lentas y consoladoras despues: quizá correrán dulces y tranquilas mañana!

Mi porvenir Fabian, está resuelto! Permaneceré al lado de Doña Juana hasta cerrar sus ojos, que ya solo saben mirar al cielo, y el ángel de mi guarda podrá poner en el lado de las buenas acciones que haya practicado en el mundo, la de haber vuelto al camino del bien el alma de esta anciana. ¡Así quizá la balanza se inclinará al lado de la clemencia y no al de la justicia!

¡Oh! si tu pudieras ver á Doña Juana! de irascible y rencorosa y violenta, se ha tornado indulgente y resignada y sufrida; de indiferente y fria y descreída, se ha cambiado en fervorosa y buena y creyente! Los criados que antes huían de su lado, prestándole sus servicios y sin cariño ni solicitud alguna, hoy la miran como á una madre, y se apresuran á satisfacer y aun á preveer sus deseos, disputándose el puesto para estar á su lado y velar junto, á ella. Bien es verdad, hermano mio, que hasta ahora no habíamos podido apreciar los tesoros de bondad de este corazon replegado en sí mismo, á quien el exceso de su afecto hacia violento y exigente.

Esta pobre anciana, tan próxima á la muerte, me ama con todo su corazon: ya no soy para ella la humilde señorita de compañía á quien miraba con desden, ó como se mira un mueble cuyo servicio nos es útil; me mira como á una igual suya, mas aun, como á una hija querida, de quien le duele separarse, aunque sea por breves instantes.

Cuando supe que venían Amelia y Horacio, le manifesté mi resolución de alejarme de esta casa, pero ella me dijo cojiendo mi mano:

—No, María, no me dejes V., y ya que me ha enseñado á creer, sostenga mi esperanza hasta el postrer instante, que estoy cierta no tardará ya.

Yo le respondí, que viniendo Amelia, mi presencia no le era precisa, á lo cual me replicó:

—¡Amelia es mi hija, V. es el ángel de mi

guarda! ¡oh! si su dulce voz no hubiera mostrado á mis ojos la pequeñez de la vida: si con su ejemplo no me hubiera enseñado á sufrir y padecer; que amargas serian mis horas postreras, y que oscuro y sombrío el fondo de mi tumba!

Y despues prosiguió instándome de tal modo á permanecer á su lado estos postreros dias, que juzga serán muy pocos; que no he tenido valor para resistir, y aquí estoy hasta el fin como te he dicho antes.

Hoy han empezado á llegar algunos criados precediendo á sus señores: entre ellos viene Pedro.

Al ir á colocar los equipajes en sus cuartos respectivos, ha dicho que trae orden del conde para arreglarlo para un viaje muy largo: él cree que de muchos años!

Mañana deben llegar. ¡Oh! ¿estaré yo destinada á ver la separacion de estos dos seres, á quien diera mi vida por unir? ¿presenciaré yo la desgracia de Amelia? sus lágrimas me desesperarían! Dios haga que nó, pues jamás me consolaría de este infortunio que no habia sabido evitar.

Adios; mañana te escribiré todo cuanto haya de notable en esta primera entrevista, para lo cual hoy me siento mas fuerte. porque dentro de mi pecho me escuda y me ampara Dios. Hasta mañana pues, Fabian mio, se despide de tí, tu

MARÍA.

(Continuara)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

EL BUEN PÁRROCO.

CONTINUACION.

Y pues he aprendido mucho
y caudal traje sobrado,
quiero del tiempo pasado
los ultrajes reparar.
Y olvidando de la vida
los enfadosos deberes,
la copa de los placeres
hasta el fondo he de apurar.

LA MADRE.

¡Qué lenguaje! ¿Y tus promesas?
¿Y tu amor á Rosalía?...

LA JÓVEN

No prosigais, madre mía,
lo exige así nuestro honor.
Nos desprecia porque es rico;
pero mas que su riqueza
estimo yo mi pobreza
y la lealtad de mi amor.

ENRIQUE.

Y qué, ¿en palabras de niños
fundásteis vuestra esperanza?
La mente del hombre alcanza
mas espacio en que gozar.
¡Unirse en eternos lazos!
¡Qué candidez!... Yo prefiero
libre vivir, y no quiero
necias trabas para amar.

LA MADRE.

¡Resolucion digna y noble,
y de tí mucho mas digna!
¡Tras de tu conducta indigna
esto mas!

LA JÓVEN.

¡Ah! por favor,
callad, madre, os lo suplico:
me rebajais á sus ojos,
y vuestros fieros enojos
Causanme pena y rubor.

LA MADRE.

¡Adios, Enrique! orgulloso
siempre te juzgué y osado,
mas no creí que malvado
fueras nunca..... ¡adios! ¡adios!
¡De esa vida aventurera
te arrepentirás un día,

y de tu conducta impía
cuenta darás ante Dios!

Y del jóven separándose,
las dos su ruta emprendieron,
y á poco á distancia oyeron
estos gritos resonar:

«¡Bien venido el rico indiano!

¡Viva Enrique! ¡viva! ¡viva!

nuestros plácemes reciba,
que á su pueblo viene á honrar.»

«¡Él goza mientras yo muero!

—dijo la jóven llorando:—

la adulacion aumentando
irá su tedio hácia mí.

Madre, esos gritos me dañan;

sigamos presto el camino:

¡Enrique! .. ¡fiero destino!

para siempre te perdí.»

Y, devorando sus penas,
ráudas á su hogar llegaron,

y sus ojos derramaron
llanto que el mundo no vió.

Y la fuente de la jóven
su amor contempló perdido,
es fama que del Olvido
desde entónces se llamó.

VII

UN AÑO DESPUES.

Al placer entregado
un año, dia tras dia,
sin punto de reposo
pasó Enrique su vida.

Rodeado de amigos

que á dispendiar le incitan
el oro, conduciéndole
del oprobio á la cima.

Vió su caudal mermado
y su salud perdida,
en el alma sintiendo
mortal melancolía.

En vano entre los goces

con que el mundo le brinda
hallar quiere ilusiones
hallar quiere la dicha.
son falsos sus halagos,
sus palabras mentira,
y al alma en hondo hastío
dejan despues sumida.

Si; en vano encontrar quiere
en bacanal continua,
ó en el azar del juego,
la ventura á que aspira:

El vino lo degrada,
el juego le arruina,
y él mismo se avergüenza
de su conducta indigna.

Y dudas mil le asaltan,
y en sus horas tranquilas,
el mudo grito oyendo
de su conciencia íntima,
tal vez de sus placeres
el hondo abismo mira,
y que en vano fantasma
forjó su fantasía.

Quizá entonces en su mente
surge más pura y límpida,
de sus castos amores
la ilusion no extinguida;
y apesar de su orgullo,
que á persistir le incita
en sus vanos placeres,
con triste afán suspira,
recordando la calma
de sus primeros días,
y el amor dulce y casto
de la inocente niña,
á la que impuro ofende,
á la que ingrato olvida,
entre el baquico estruendo
de infernales orgías

En tanto en humilde albergue
que solitario se mira
de la carretera al borde
y al pié de verde colina,
enferma yace en el lecho

la apenada Rosalia,
Á la que su anciana madre
cubre de tiernas caricias.

Como la rosa de otoño
que el cierzo helado marchita,
perdida ya su esperanza,
palida la frente inclina.
¡Ay! que es su amor por Enrique
llama que el desden aviva,
y que en soledad amarga
la atormenta y aniquila.

En vano anhela el buen cura
prestarle aliento en su cuita.
con sus consejos piadosos
y con palabras benignas.
Ella le escucha en silencio
y al parecer convencida,
mas pasa el tiempo y acrece
la ansiedad en que se agita,
y cual moribunda lámpara
vase extinguiendo su vida.

¿De muertas ilusiones
quien puede la esperanza
con débiles razones
Tornar al corazón,
si es nave en mar bravía
que lucha, mas no alcanza
vencer la furia impía
del horrible Aquilon?

Tal vez brillante faro
el náuta ve un momento
y juzga ya el amparo
del puerto conseguir.
Mas rafaga contraria
lo lanza el mar violento,
y alzando una plegaria
dispónese á morir.

Así de Rosalia
la vida de amargura,
brillar acaso un día
vió el faro salvador.
Mas, como chispa errante,
que rápida fulgura,

lució sólo un instante
la estrella de su amor.

Y ya, nave arrojada
del mar á los horrores,
se mira arrebatada
de su pasión al ímpetu
por fiero vendaval.
Jamás contraria suerte
dió alivio á sus dolores,
y acaso ve la muerte
llegar con vivo júbilo,
cual término á su mal.

VIII

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

Era una tarde de Enero
Fria asaz y encapotada,
en que la nieve cubria
los llanos y las montañas.

Blancas y plomizas nubes
al Norte se amontonaban,
tempestades presagiando
el viento en furiosas ráfagas.

De la casa humilde y bella
que Rosalía habitaba,
vióse salir al buen Cura
triste y derramando lágrimas.
El fin de la pobre niña
quizá aquel llanto anunciaba,
ó de su próxima muerte
la convicción arraigada.

Rápido salvó el camino
que del pueblo le apartaba;
cruzó el arroyo, y siguiendo
la agreste senda empinada
que conduce á Salcedillo,
sin que la nieve y el agua
le intimidasen, que á intervalos
pardas nubes enviaban;
fatigado y anhelante,
del Indiano á la morada
llegó en breve: dió su nombre,
y en bella y lujosa estancia

lo introdujeron, do Enrique
Triste y pensativo estaba.

Cortés saludo cambiaron
y benévolas palabras,
y junto al hogar á poco
así los dos conversaban:

EL PÁRROCO.

Siento en verdad, don Enrique,
molestaros... mas estaba
contraído y afligido,
y quise dar á mi alma
de expansion breves momentos
en vuestra amable compañía.

ENRIQUE.

Y habeis, por Dios acertado;
pues yo tambien me encontraba
en uno de esos instantes
de abatimiento, en que asaltan
negras ideas á la mente
y en que el corazon batalla
entre preferir la vida
ó de la muerte la calma.

EL PÁRROCO.

Que yo, pobre sacerdote,
que presencio las desgracias
del mundo sienta mi espíritu
á veces mortales ansias
cuando inútil ó impotente
me juzgo para aliviarlas,
causar no debe extrañeza.

Continuará.

J. LAMARQUE DE NOVOA.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.